

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON MARIO ARNELLO ROMO,
DIRECTOR DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS,
CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DE LA EXPOSICION
MARTIN GUSINDE: "CAZADOR DE SOMBRAS"

La Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y los servicios que de ella dependen, Biblioteca Nacional, Museo Nacional de Historia Natural, Museo Histórico Nacional, Coordinación Nacional de Museos, así como, los museos Martín Gusinde de Puerto Williams en Isla Navarino, y el de Ancud, son todos instrumentos de la cultura chilena.

La cultura chilena es en sí misma, un universo. Lo es, desde un punto de origen, como vertiente de la cultura occidental-cristiana, pero, también, como un continente que absorbe fuentes autóctonas, sean ellas las que fluyen desde las raíces de los hijos de la tierra -los mapuches-, que aportan fuertes acentos peculiares en el chileno, o las que traen los propios influjos telúricos de las inmensas montañas, desiertos y soledades de esta extensión americana.

Yo lamento, y quiero esta tarde dar testimonio de ello, lo que hemos perdido de esta creación, de esta mezcla creacional que ha conformado la cultura chilena, al no haber incorporado los ingredientes fundamentales de cuatro -o, quizás, cinco- culturas perdidas en el escaso tiempo de este siglo.

Haber perdido las enseñanzas y las experiencias de las culturas alacalufes, tehuelches, onas y yaganes, desaparecidas ante los ojos desaprensivos del primer tercio de este siglo, es una merma cualitativa de la cultura chilena. (Aparte

queda la grave culpabilidad moral de quienes, en ese tercio de siglo, por acción o por omisión, permitieron o colaboraron en dicha extinción).

La cultura es un universo. Es conciencia e inteligencia. Son valores y es trascendencia. Es, también, sentidos, conocimientos, percepciones, imaginación, experiencias; quizás, magia y razón. Restrinjámonos, hoy sólo a dos dimensiones.

En una dimensión nos forja una conciencia de nosotros mismos. Lo que significan, luego, valores e identidad cultural.

En otra, nos adecúa a nuestro entorno, a vivir en nuestros ambientes planetarios. Lo que permite construir un habitat armónico en las diferentes realidades de la tierra, sin sucumbir por impotencia de cultivar la vida en ellas, o sin pavimentarla por soberbia, por ignorancia o incomprensión.

Estas culturas australes sabían vivir en las difíciles y heladas soledades del Finis Terrae del mundo.

Los alacalufes de los fiordos, islas y canales desde el Golfo de Penas hasta las riberas al norte de Tierra del Fuego. Los tehuelches, la cultura del ñandú, en las llanuras orientales de la Patagonia. Los onas con su cultura del guanaco, en las extensiones abiertas de Tierra del Fuego. Y, los yaganes, en las márgenes del Beagle y canales e islas de Navarino, Hoste hasta el Cabo de Hornos, sosteniendo la cultura del lobo de mar y de la ballena.

Desnudos enfrentaban la lluvia y los secaba el viento. Cubiertos

y calzados, con pieles de plumas de ñandú, de zorros, de guanacos, de focas o de huillines, superaban la nieve y el gélido viento austral.

Sus mujeres se hundían en esas aguas donde caen los glaciares y la sal se diluye, para extraer centollas, locos, o erizos para alimentar a sus familias.

En canoas de cortezas, unidas con barbas de ballenas, protegiendo el fuego sobre arena y champas de pasto verde, toda la familia se hacía a la mar por tiempos indefinidos, arribando a las orillas sólo para renovar la provisión de leña y agua.

A unos, los sostenían los guanacos y los ñandúes, en las extensiones de tierra adentro. A otros, los peces, pero, en especial, las focas y las ballenas. En esas culturas redondas como el anillo de la vida, nada se perdía ni desperdiciaba. Era la vida misma amarrada a condiciones tan difíciles, con el frío y el viento desarraigando árboles, hombres, vida. Pero esos hombres y sus culturas prevalecían.

Prevalecieron... hasta que ^{«llí»} fue llegando la civilización, llamada occidental y cristiana.

Tras encuentros fugaces por 300 años, llegó el contacto real, sensible y constante, en los últimos cien años. Este contacto fue fatal.

A esos seres prodigiosos, naturales, sabios para vivir con su entorno; llenos de una magia que los conducía a encontrar los ritos y los mecanismos para sobrevivir en el hielo, la nieve, la lluvia y el viento, la soledad y el mar, la distancia

y el frío, no los asustaba nada... Ni los temporales, en que se borraban los horizontes; ni las lluvias que apagaban el fuego y cubrían de agua la tierra o las canoas; ni el viento que transformaba los canales en torrentes o las llanuras en el desamparo... sólo el rayo como un heraldo de lo desconocido, o la magia de lo inexplicable, ^{tenía} el sobrecogimiento ante lo definitivamente sobrenatural.

La llegada de la civilización fue, lo reitero, fatal. Fatal, porque creó la confusión. Y la confusión, siempre, ha destruido y destruirá las culturas.

Confusión de hombres que viven otras leyes distintas a las del ancestro y de la naturaleza. Confusión al ver que su eterno nomadismo tras la siempre esquiva caza del guanaco o del ñandú, se trueca en imposible, ante tierras alambradas, especies casi desaparecidas y reemplazadas por ese pequeño "guanaco blanco" que los extranjeros llaman ovejas. Y, cuando, para subsistir las cazan, aquellos los persiguen y los matan. De nómades, los onas, se transforman en errantes, y, luego, en proscritos. Envenenadas sus aguas, con estricnina, y perseguidos a balazos, deben esconderse en las extensiones ignotas. Pero se van extinguiendo.

Para alacalufes y yaganes, la civilización llegó con enfermedades y alcohol, con degradación y muerte. Si hasta el caritativo afán de protegerlos, vistiendo sus cuerpos desnudos, les acarreó enfermedades y muerte.

En esa etapa triste, de comienzos de siglo, llegó Martín Gusinde a esas australes latitudes.

El padre Gusinde nacido en Alemania y formado en Austria, llegó

muy joven a Chile para ser profesor en el Liceo Alemán de Santiago. Pero su vocación y su alma científica lo llevaron hacia la etnología y la antropología, en el Museo de Etnología y Antropología, que dirigía Max Uhle y más tarde, el Dr. Oyarzún.

Durante doce años fue conociendo, investigando y recolectando todo cuanto podrá ser la base científica del conocimiento sobre pueblos autóctonos nuestros. Primero, los mapuches; pero, fundamentalmente, los pueblos más australes del mundo.

El padre Gusinde vivió doce años en Chile. Efectuó cuatro viajes al extremo austral, conviviendo casi dos años con los nativos, bajo sus toldos, compartiendo su vida, aprendiendo sus valores y sistemas, conociendo sus experiencias y soluciones, sufriendo sus inclemencias e incomodidades -y su comida- atisbando sus secretos y develando sus misterios... pero queriendo a estos seres prodigiosos, que se iban extinguiendo. Y los inmortalizó -este "cazador de sombras"- en sus dramáticas fotografías.

Las compañías extranjeras pagaban una libra esterlina por cabeza de ona muerto. A tiros fue muerto al noreste del lago Fagnano su gran amigo, Tenenesk, el último shamán ona. (Con su retrato, honramos a su pueblo y a Martín Gusinde).

Martín Gusinde antes de regresar a Europa, nos dejó su colección, inapreciable, para que exaltáramos nuestro patrimonio histórico-cultural.

Vuelto a Viena, escribe y publica sus profundos estudios, especialmente

sobre los onas o selk'nam, alacalufes o alakwulup, y yaganes o yámanas, como Gusinde los llama.

Es una obra de ciencia, insuperable; pero, a la vez, es una llaga en el alma.

La cultura es enseñanza. Aprendamos, hoy, lo que no se aprendió a tiempo, ayer. Admiremos a quienes supieron vivir tan simplemente en condiciones tan difíciles en el confín de la tierra y rindamos nuestro homenaje, a 100 años de su nacimiento, a este científico genuino que nos ha preservado tanto de estos cuatro pueblos, cuatro culturas que nuestro tiempo y los vicios de este tiempo, destruyeron para siempre.

Vivir con su entorno, crear la cultura sin traicionar lo natural, es la lección dolorosa que hoy inauguran la Biblioteca Nacional, el Museo Histórico Nacional, el Museo Nacional de Historia Natural, la Coordinación Nacional de Museos, el Museo Martín Gusinde de Puerto Williams y el Museo de Ancud.